



La limpieza de las calles del Casco Viejo revistió enorme dificultad.

Anatomía de una ciudad en tinieblas

Larga noche de fango

Atxón Urrósolo

Si alguno de los que estábamos reunidos en torno a la luz, cada vez más débil de una vela, en la más oscura y triste de las noches, no hubiese dicho «vámonos a la calle», tal vez harto de escuchar el estridente sonido de las sirenas hincándose como cuchillos en las tinieblas, quizás cansado de oír el zumbido de la muerte viajando en ambulancias blancas, si alguno no lo hubiese dicho, la cera se habría consumido sin que llegásemos, jamás, a conocer la anatomía de una ciudad fantasmal. Alguien dijo que las ciudades sólo son habitadas realmente por los desarragados y por los extranjeros. Pero eso fue antes del diluvio, veinticuatro horas más tarde, en la más oscura de las noches, sólo fue ocupada por las sombras, los espectros, las bocinas, los coches policiales, las ambulancias, los cráculos, y esos amantes incondicionales de la ciudad capaces de recorrer su cuerpo sumergido en un lecho de lodo entre calles embarradas, jardines marchitos y plazas devastadas.

LUCES EN LA APOCALIPSIS

Ahora que estas líneas pisan las calles de un Bilbao que recobra nuevamente su pulso, sabemos que esta ciudad ha sido la más desconcertante y silenciosa de cuantas hayamos podido conocer de noche, desde ese sábado en el que tuvimos motivos suficientes para preguntarnos si éramos fantasmas o personas vivas, zombis o «replicantes humanos» que trabajan, se divierten, sufren, se aburren o se enamoran entre estas calles arrasadas por la ciénaga, las tinieblas y la apocalipsis. Casi todo estaba lo suficientemente oscuro como para pensar en la terrible sensación que precedió al día del Génesis en el que se dijo «hágase la luz» y... la luz fue hecha; casi todo menos los Bancos, Cajas de Ahorro y todos aquellos centros que guardan algo tan inútil como el dinero en esos momentos en los que sólo es rico quien tiene una botella de agua, un trozo de pan, medio litro de leche, una vela y un verdadero amigo. La patética oscuridad era iluminada también por las intermitencias de algún anuncio luminoso, el escaparate de un comercio de zapatos de la Gran Vía, los semáforos que habían decidido permanecer estúpidamente encendidos para nadie, las farolas de la alameda de Recalde, que con su luz agudizaban de forma más dramática el contraste y, los faros, los escasos faros de vehículos que en la madrugada cruzaban una ciudad pasto de las sirenas, cortando con su filo el sueño de todos los que vivieron la pesadilla desde sus almohadas.

RECALDE Y «LA PALANCA»

Dejando atrás las flores muertas pálidamente iluminadas por tres farolas en el parque de Doña Casilda (las catástrofes siempre asesinan a los tulipanes y nada pueden hacer frente a los luminosos de «Coca-Cola»), llegamos al barrio de Recalde. Sin haber estado jamás en Beirut se podía jurar que aquel panorama desolado y estremecedor podría conmover al mundo como cualquier barrio del Líbano machacado por las bombas. Ni un hombre, ni una sombra, ni tan siquiera un grito salió al encuentro sobre el profundo y anegado surco de miseria. ¿Qué sentiría aquella gente que horas antes, en plena fiesta, habían dejado a los relojes doblar la madrugada de forma despreocupada y

alegre? Ahogados los peces de colores, impuesto el toque de queda, se oyó un lamento, únicamente el silencio exacto que precede al bombardeo.

Pero hay también quien no le tiene miedo a la oscuridad ni al alarido de las sirenas, ni a lo más telúrico de la noche, porque en su desarraigo no existe principio ni fin. Son los seres acostumbrados a vivir en la alcantarilla. Escasa, casi nula, era la sordidez en venta del «sábado 26-A» en «La Palanca». Sin embargo, uno de ellos levantó los brazos al ver de lejos las luces del coche. Era un travesti inasequible al desaliento, que apareció como un vestigio de sub-vida, de normalidad-anormalidad, ofreciendo su equívoco a nuestra confusión. En Las Cortes todo estaba apagado. Los faros del coche dejaron ver las esquinas. Tres o cuatro travestis más reunidos en una acera y la solitaria vieja y loca meretriz que siempre seguirá en su portal, aunque el mundo se esté deshaciendo en pedazos, porque para ella ese es todo su cosmos.

POLICIAS Y LADRONES

«Déjeme pasar, mi capitán, que me he dejado una manta...». El habitual de lo ajeno, después de múltiples tentativas, volvió a poner una excusa para introducirse en ese saco de la abundancia tan a mano, que de la noche a la mañana, se había convertido el corazón del viejo Bilbao.

«Pero, otra vez por aquí?... ¡Hágame el favor de irse a casa!... Aquí hoy no entra nadie».

La Policía Nacional acordonaba los accesos a las Siete Calles, que, como una pequeña Numancia, se resistía al asedio de los que beben y se alimentan del caos. Pero dentro de aquella anarquía permanecían vigilantes, intentando defender lo poco recuperable, los propietarios de tiendas y comercios afectados.

ASEDIO NUMANTINO

Mientras, picaros de todas las raleas, buscadores de la oportunidad del deseo, chocaban frente a la muralla protectora policial. Manolín, el anciano caramelero de la calle Ronda, salvaba los últimos vestigios de su precario negocio.

—Lo que hemos visto hoy —recordaba un policía municipal, sentado entre los escombros de la noche— suma cinco años de delitos juntos, y el trabajo también se quintuplica y para ello no tenemos ni linternas, ni otros medios que puedan ayudarnos a contrarrestar el pillaje. Porque si uno de día es capaz de llevarse con una mano veinticinco litros de aceite y con la otra los tres chubasqueros que han dejado por un momento los dueños de un tenderete de chucherías, qué no esperarán acaparar en la oscuridad.

En medio del caos se acumulan los equívocos. La Policía descubre a tres hombres, con nocturnidad y alevosía, en el interior de un establecimiento, en los que termina reconociendo a un padre y a sus dos hijos guardando el embrionario negocio familiar.

En el paisaje roto, después de la batalla de las aguas, uno busca reencontrar a su ciudad, pero ya nada está en su sitio. Todo se ha movido. Mirando a la ría, ha desaparecido la sombra blanca del «Consulado», que todos recordábamos allí desde no se sabe qué principios. Los cafés no existen. Ningún reloj marca la hora. No hay semáforos que indiquen la dirección. El dios de la lluvia quiso llorar con rabia sobre Bilbao, derrotando a Dionisios, el dios de la fiesta, y dejándonos una larga noche de fango, habitada por los fantasmas y por las sirenas, las sirenas, las sirenas... sirenas... sirenas... sirenas... sirenas... sirenas... sirenas... sirenas... sirenas... sirenas...



Auxilio a un inválido sorprendido por la tormenta.



La solidaridad entre conciudadanos ha quedado largamente demostrada.



Con los restos de los tenderetes a cuestas.